



REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año.
Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condición hacer la suscripción por anualidades.

AÑO 3.º — NÚMERO 36.

DIRECTORA.
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

30 de Setiembre de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redacción y administración, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO.

La sociedad sin Dios, por don Francisco Jimenez Campaña.—**Al pié de un altar**, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Calvario y Redencion**, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**A mi amada hermana**, poesía, por doña J. R. de N.—**Variedades**.

LA SOCIEDAD SIN DIOS.

¿Quien es esa mujer que anda errante por los caminos del mundo, erguida la frente por la soberbia, y descompuesto el cabello que flota á merced del viento por donde el viento lo lleva? ¿Quien es esa mujer envuelta en el manto de las bacantes, con los ojos avaros de placer y vagando en sus labios, unas veces la sarcástica sonrisa del impío, y otras agitando su pecho la hueca y estridente carcajada del demente? Multitud de pensamientos afluyen á su cerebro á juzgar por la vaguedad de sus miradas: esta mujer no debe ser madre, y si lo és, ha debido olvidar á los hijos que nacieron de sus entrañas; ha debido abandonarlos á merced de la fortuna loca, que siem-

pre trae mas desgracias que venturas. Muchas veces los ha encontrado en su camino y cuando ellos hanle ido á echar los brazos al cuello y á llamarla dulcemente madre, hálos rechazado con ira, en vez de evitar su presencia con sonrojo, ó de abrazarlos con lágrimas de arrepentimiento.

¿Quien es esta mujer á quien si la tristeza aflije, llora brillando en sus lágrimas relámpagos de ira? ¿Quien es, que si el placer la rodea parece que el placer la quema y saca de aquellas horas que pudieran ser de felicidad, motivo de mas tristezas y locuras? ¿Quien és, que si de noche vaga, busca los lugares llenos de sombras mas densas, y si de dia camina va envuelta en una nube de humo y de pólvora y avanza como tromba marina, despidiendo de su seno relámpagos y rayos. ¡Ah! ¿Es que ha surgido otra vez del infierno Némesis, la diosa de la venganza y va agitando por el mundo con la una mano la tea de la discordia, mientras blande con la otra la fulmínea espada del estermínio? No: es que va errante por el mundo con ensueños de gloria *la sociedad sin Dios*. Mirarla cruzar con la cabeza altiva por delante de los templos sagrados: miradla como el paso acelera como si de aquellas puertas que se

abren para el bien, hubiera de salir el juez que e echara en rostro todos sus crímenes. Tren de guerra la circuye, y cuando la conciencia le acusa y le impele al templo para que se prostorne delante de las aras del Señor, manda con voz de trueno asolar el templo á sus secuaces, como si una vez echada por tierra la casa de Dios no hubiera de despertarse mas su conciencia, eterno torcedor del alma abandonada por los caminos del mal. Es argüida de mala vida por los ministros del santuario, y unas veces recibe con risa sus amonestaciones, y otras se rodea de sofistas habladores: tienen apariencias de sábios, para que levantando del polvo del olvido los hediondos sistemas de Epicuro y de Mahoma, puedan en cierto modo defender sus malas costumbres y hasta ponerlas como regla de moralidad. Como anda enredada en tantas intrigas de avaricia, de ambicion y de injusticia, se sirve de la electricidad para comunicar en un instante sus infames designios y del vapor para hallarse en pocas horas allí donde mas falta hace su presencia para consumir un crimen; al revés de los hijos de la caridad, que emplean estos nunca bien ponderados adelantos de la ciencia, para derramar por todas partes el bien y sembrar la preciosa semilla de la virtud.

Con tantos medios como tiene á su alcance, ¿creeréis que esa sociedad sin Dios es feliz? De ninguna manera: que es la prole de la serpiente maldita del Eterno, y condenada, como Luzbel en el infierno, á las miserias y á los pesares de este mundo, y no la descendencia de la mujer bendita, regenerada por la sangre de Cristo y los dolores de su madre, habitando en los tabernáculos del Señor. De Dios está apartada y ha rodeado la tierra y cercado la mar, y en todas partes ha sido miserable, porque en ninguna ha buscado al Señor.

Dios ha hecho nacer en la tierra génius de luz que con la claridad de su ciencia y el encanto de sus creaciones, atrajeron las almas mas á Él; y la atea sociedad ha hecho instrumentos de sus maldades, lo que Dios creó beneficios de la humanidad. ¡Dios mostrándose á todas horas á la sociedad, y los hombres cubriéndose los ojos con las manos para no ver su faz divina! Jesucristo dice que allí donde se reúnen dos ó mas personas en su nombre, allí está Él en medio de ellos; y la sociedad huye de los que en su nombre se reúnen para hacer bien. Dios se está manifestando en medio de las familias que gozan de tranquilidad y buena conciencia, y la mala sociedad ha introducido en estas casas la envidia y la murmuracion, para que Dios, que es el padre de la caridad, vuelva el rostro á aquellos malévolos,

que se entretienen, con la risa en los labios, en denigrar la fama del prójimo y echar su honra por el fango. Dios está particularmente en todos aquellos lugares en que la mano de la piedad levantó una cruz, árbol santo de apacible sombra para el cansado peregrino, ó puso la imágen de Jesus crucificado ó de su santa Madre, como preclaro signo de las ciudades cristianas, ó con el santo fin de mover á los fieles á la devocion; y la mano impía de la sociedad ha hecho desaparecer de enmedio de los campos y de las calles solitarias, aquellas claras muestras de catolicismo, y con ellas la particular presencia de Dios en aquellos benditos lugares. Dios está en todas partes y se manifiesta de muy diversas maneras; y en todas partes la relajada sociedad ha encontrado medios de distraer la imaginacion, para que se aparte de su memoria el pensamiento de Dios. Largas son las noches del invierno y antes eran invertidas en orar ó leer el libro que relatava las excelencias de la otra vida al calor del fuego que ardía en el hogar; y ahora el hogar casi ha desaparecido y la sociedad ha puesto en manos de la familia, ó la impía novela, ó el periódico de la política, motivo de ambiciones bastardas para mañana ó causas de disgustos para hoy. Sí, por todas partes se busca medio de que Dios desaparezca, cuando Dios hace mas numerosas sus espléndidas manifestaciones. Pero ¡ay! que todos aquellos impíos desdenes que ha hecho la sociedad á Dios, son otros tantos remordimientos que la despiertan del sueño, y que le hacen perder la paz durante el dia: son otras tantas caidas que le lastiman, son otros tantos elementos de vida que se pierden, son otras tantas luces que se le apagan en su camino estraviado, son otros tantos ángeles que se le separan, y otros tantos espíritus del mal que se le acercan, para empujarla y hacerla desaparecer en el abismo. Por eso la impía sociedad anda á oscuras, tropezando acá y acuyá y á veces se sienta fatigada, para verter en sus lágrimas de ira toda la hiel que hay en su corazon podrido; mas como no son lágrimas de arrepentimiento, no mueven las entrañas divinas á misericordia; y vienen silvando los ríos aquilones de la soberbia y el placer, y agitan primero su manto de bacante y su descompuesta cabellera, y luego la impelen poderosamente hácia aquellos lugares llenos de cieno y de sangre que se dicen moradas de recreo y campos del honor. Ah! si la sociedad abriera los brazos para estrechar en ellos á Dios que por todas partes se le presenta! Ah! cómo entonces cambiaría su destino y se convertirían sus horas de amargura en horas de dichas ciertas, y su luto se tornaría en gala y sus lágrimas en alegría, y esa

eterna muerte en que vive, en dias de verdadera vida, alumbrados por el sol de la caridad, y los castigos con que Dios la aflige, en rocío fecundante de celestiales mercedes.

Francisco Jimenez Campaña.

AL PIÉ DE UN ALTAR.

Regina Virginum.
ORA PRO NOBIS.

Brillante y templado sol que iluminas los extensos campos de Palestina ¡que hermoso será sentir tus rayos resbalando sobre la frente!

Brisas saturadas con los perfumes de las violetas y los cinamomos del Carmelo, ¡cuán dulce será aspirar vuestros aromas, y sentiros renovar la vida al penetrar en nuestro pecho!

Vientos que meceis los magestuosos y elevados cedros del Líbano, ¡quién tuviera la dicha de que agitárais sus cabellos y acariciárais sus sienes!

Espumosas, aunque apacibles aguas del Jordán, ¡felices ¡ay! felices los que puedan asentar al pié en sus plácidas riberas una vez siquiera, y apagar la sed de su lábio besando vuestras claras ondas!

¡Dichosos, sí, dichosos los que vagan un día al menos por el hermoso suelo de Judea, y cruzan la tierra que Jesús holló con su planta y que santificó con su presencia la Virgen purísima, concebida sin marcha en la mente del Eterno!

¡Qué expansion, qué grandeza, qué ventura inundarán el alma al regar con sus lágrimas los santos lugares en que fué libertada, y en que redimida fué!

Oh! desde allí nuestras plegarias mas fervientes, mas puras, mas llenas de unción, subirán en breve á los cielos entre aquellos perfumes, entre aquellas brumas, entre aquellas auras donde aun siota impalpable el aliento de Dios!

Sostenidos por estos pensamientos que vagan de continuo en nuestra mente, alentados por esta idea que acaricia nuestro corazón, aceleraban su marcha algunos viajeros, que rendidos por el cansancio y agobiados por la fatiga, ascendían lentamente por el sendero del empinado Olivete, ansiando acaso divisar desde su elevada cumbre, las altas murallas y las macizas torres de la populosa Jerusalén.

Llenos de fervor, poseídos los corazones de sublime entusiasmo cristiano, los peregrinos marchaban en silencio, sin detenerse á tomar aliento y sin acordarse de buscar descanso.

Entre ellos se distinguían por su noble espec-

to y su varonil hermosura, un anciano de cabellos blancos como la bruma de la mañana, y un joven de rizada barba, sedosa y negra como la sombra de la noche.

El primero se apoyaba en el brazo del segundo, que le miraba con filial respeto, y que le dirigía de vez en cuando una mirada de ternura, ó una palabra de santo cariño.

El mas joven se llamaba Porfirio, el anciano se llamaba Florian, y ambos caminaban unidos y algunos pasos delante de sus otros compañeros.

De repente Porfirio se detuvo, exhaló un grito de asombro, al llegar á la cima del monte y separando de su frente el sombrero de anchas alas que la cubría, dobló una rodilla y elevó al cielo una plegaria, saludo elocuente que dirigía desde el fondo de su alma á la Ciudad Santa que encierra tras de sus muros, el sepulcro del Hombre-Dios.

Florian le imitó, y los demás viajeros también siguieron su ejemplo.

Oh! y el espectáculo que tenían á la vista era en verdad suficiente á conmover sus corazones!

Desde allí podían ver á Jerusalén, á la altiva Jerusalén, teatro del sangriento drama del Calvario. El monte Nevo, tumba de Moisés. El mar negro, cuyas sombrías ondas reflejan apenas las errantes nubes del triste cielo que le cubre. Las riberas del Jordán, cuyas ondas transparentes se abrieron al soplo de Dios para dar paso al Arca Santa, que encerraba en su fondo la sagrada alianza entre el Creador y la criatura; y cuyas aguas derramó Juan sobre la frente de Jesús, limpia de toda culpa antes de ser purificada por aquel sublime bautismo. Las campiñas de Jericó cuyas murallas cayeron con estruendo al sonido de las trompetas misteriosas, ecos prepotentes de la cólera del Señor, dejando franca la entrada de la ciudad á los ejércitos de Josué.

Las campos de Belén, cuna del Salvador. El ancho desierto, donde ayunó cuarenta días para prepararse á sufrir su pasión. Las dos Arabias, patria la una de la raza de Ismael. Los valles de Betania, morada ayer de Magdalena y Marta, testigos también de la milagrosa resurrección de Lázaro.

Y mas cerca, perdidas entre las faldas del monte y medio cubiertas por los verdes viñedos y por los añosos olivares, las ruinas de la iglesia de los doce apóstoles donde los Apóstoles compusieron el Credo, y mas lejos la otra, derruida también, en la que Jesucristo enseñó á orar á esos mismos Apóstoles que debían estender por el mundo su santa doctrina.

Oh! todo aquello era bastante á conmover el

alma y á sumir á los viajeros en un estado del que tardaron algun tiempo en salir!

—¡Padre,—esclamó al fin Porfirio levándose despues de haber hecho la señal de la cruz sobre su frente—padre, Dios te bendiga y llene de felicidad tus últimos dias por el supremo gozo que me has dado á gustar en este momento, el mas bello y sublime de mi vida sin duda.

—Hijo mio,—respondió Florian levantándose á su vez y apoyando una mano en el hombro del jóven, sin dejar de mirar con avidez cuanto desde allí podia abarcar su vista:—hijo mio, mis deseos eran tambien los tuyos; yo como tu soñaba con el instante de visitar la Ciudad bendita, cuna del cristianismo y centro de los pensamientos de todo el orbe católico. ¡Es tan hermoso creer bajo este cielo, es tan hermoso esperar aquí!

El anciano y el jóven guardaron silencio por algunos momentos, abismados en las sublimes ideas que se agitaban en su mente.

Sus compañeros se les habian reunido ya.

El gigante Olivete forma tres elevados picos que descansan sobre una misma base.

Los peregrinos se hallaban en el del centro, que corresponde frente al medio de la ciudad, y desde el cual Jesus ascendió á los cielos, á los cuarenta dias de su gloriosa resurreccion, despues de dejar impresa la huella de sus sagrados piés, sobre una de aquellas inquebrantables y desnudas rocas.

Allí se detuvieron á orar los viajeros, ante las ruinas de una iglesia que los cristianos construyeron en memoria de aquel milagroso suceso. De esta iglesia sin embargo, solo quedan los derruidos muros y un recuerdo no mas, pues los turcos la han trocado en mezquita suya, donde van algunas veces en peregrinacion, y á donde dan culto á los falsos profetas del Koran.

—Continuemos nuestro camino,—dijo Florian despues de algunos instantes de silencio, y dirigiendo la palabra al guia que les acompañaba y á los otros peregrinos.—Continuemos nuestro camino, el sol se eleva ya sobre los cielos y nos es preciso buscar un refugio contra el calor.

—La ciudad dista poco,—respondió el guia—bajemos al valle y encaminémonos á ella, antes que la fatiga y el cansancio hagan mas penosa nuestra marcha.

Todos asintieron á la proposicion del anciano, cuya edad y cuya instruccion parecian darle el derecho de que sus consejos fuesen oídos.

El descenso por las veredas del monte, es escabroso y pendiente, y los peregrinos tenian que andar uno en pos del otro lentamente y con el mayor cuidado.

Así se encaminaron al fondo del valle.

La poblacion se hallaba solo á unos mil pasos del sitio en que se encontraban, y el guia que iba delante, señalaba ya con el dedo algunos de sus principales edificios, y sus mas altas y empinadas torres.

De pronto y frente á ellos, viniendo al parecer de la ciudad, y saliendo de entre un grupo de seculares olivos, divisaron un grupo de personas que marchaban en direccion del sitio mismo en que los peregrinos se encontraban.

Fijaron en él su atencion, mas siguieron caminando, acortando así la distancia que les separaba de aquellos desconocidos.

Cuando se hallaron mas cerca, pudieron convencerse de que los que venian hácia el monte, eran cinco personas, tres hombres y dos mujeres, turcas sin duda, á juzgar por el traje que les cubria.

—¿Quiénes serán, y por qué vendrán hácia este lado?—dijo Florian dirigiéndose al guia.

—Nada tenemos que temer, señor,—respondió éste,—son gente inofensiva que vienen acaso en peregrinacion á la mezquita que acabamos de dejar atras: es una familia turca que irá á cumplir un voto ó á practicar alguna de las ceremonias que les prescribe su culto.

Mientras el guia hablaba así y daba algunos otros pormenores á el anciano sobre las costumbres de la mayor parte de los habitantes de la Ciudad Santa, los viajeros habian adelantado y se encontraban ya á muy corta distancia, y próximos á cruzarse con ellos en la vereda en que se hallaban. Las dos mujeres venian delante y era fácil conocer en la una los vestigios de una edad avanzada y de una condicion humilde. En cuanto á la otra, revelaba en su traje y en su ademan pertenecer á una clase elevada, y á pesar del velo que cubria su faz, habia algo en ella que denotaba una excesiva juventud y una belleza admirable.

Florian, el guia y Porfirio iban á la cabeza de los peregrinos cristianos, y fueron por consiguiente los primeros en pasar junto á los caminantes.

El viento de la mañana agitaba las hojas de los árboles y movia á la par el velo de la jóven desconocida.

Las ramas de un arbusto se enredaron en aquel velo, no sé si por un descuido de su dueña ó por una casualidad imposible de esplicar, pero es lo cierto, que su rostro quedó descubierto al pasar al lado de Porfirio, de cuyos lábios se escapó una exclamacion de asombro.

Tambien la jóven turca exhaló un ¡ay! cuyo significado era difícil comprender.

—¡Leila!—gritó uno de los que la acompañaban.

ban al mirar su velo caído y con espresion de profundo enojo.—¡Leila ese velo!

La jóven se apresuró á cubrir su rostro, pero no tan pronto que su mirada no tuviese lugar de cruzarse con la mirada elocuente y apasionada de Porfirio.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(Continuará).

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Fabian á María.

Aun no he recibido carta tuya, hermana mia, y voy sin embargo á escribirte contándote cuanto ha ocurrido aquí desde la última mia que habrá llegado á tus manos.

Como te decia en ella, Valeria ha querido que su hermana pase por un exámen detenido antes de presentarla á su padre, que entregado á sus negocios, hace ya mucho tiempo que no la vé ni se cuida de ella.

Angelina, pues, supo por mí que debia abandonar su aislado pabellon, y subir á las elegantes habitaciones de Valeria.

Esta niña que habla, que comprende con una penetracion sin igual cuanto se le indica y cuanto se la dice, se quedó un instante suspensa y pensativa, cuando la dije que su hermana deseaba verla.

—¡Mi hermana!—murmuró al fin—mi hermana me llama! Oh! ¿para qué me querrá? y sobre todo ¿por qué no me habrá llamado hasta hoy?

—Estabas enferma, hija mia, la contesté, estabas enferma, y no en disposicion de oirla ni de verla.

Angelina volvió á guardar silencio, y despues fijando en mí sus hermosos ojos con una ternura infinita murmuró:

—¡Y tu si estabas á mi lado!

Quise contestarla, no se qué, por que su exclamacion me habia dejado indeciso, y ella se apresuró á continuar,

—¡Tu estabas junto á mí, yo lo recuerdo perfectamente!

—Sí,—respondí yo sin saber á donde iba á parar, pero eso...

—Dime,—replicó la niña—¿el amor no nos hace sentir el cuidado, el afan, el desvelo, cuando sufre la persona que amamos? ¿no nos atrae mas á su lado? ¿no nos liga á ella con los lazos de su desgracia? así lo has dicho algunas veces tu mismo, cuando al venir á verme repetias á Su-

sana...!—¡Estaba ansioso de volver; la dejé ayer mas mal que otros dias, y anhelaba tanto saber su estado!—Sí; yo escuchaba esto, y aunque no podia responder, comprendia que estas palabras revelaban cariño, y las grababa en el fondo de mi alma, por que eran las únicas que llegaban hasta ella!

Estreché la pequeña mano de Angelina conmovido y admirado por sus frases, y ella prosiguió con acento triste y grave: mas grave aun de lo que podia sospecharse á su edad.

—¡Tu me amas mas que mi hermana! sí, no tengo duda de esto, ¡tu me amas mas que mi hermana, y si voy contenta á verla, no es por que ella me lo dice, si no por que lo deseas tu; tu, que eres la única persona á quien amo en el mundo!

—¡La única!—murmuró Susana que se hallaba junto á ella,—¡la única!

—Oh!—esclamó Angelina sonriendo con una gracia inimitable, y arrojándose en brazos de su nodriza: te quiero mucho á tí y quiero tambien á Leal; pero á él le amo de otro modo!

Estas inocentes palabras, hermana mia, me causaron un efecto singular.

Era tan espontáneo, tan libre de engaño, tan hijo del corazón el acento con que aquella niña las pronunciaba, que no pudieron menos de conmoverme profundamente y de doblar el interés que antes habia sentido por ella.

Aquel amor puro tan ingenuamente confesado, estremeció mi alma, y desde aquel instante juré en el fondo de mi pecho proteger á Angelina contra todo peligro, aunque para ello tuviera que arriesgar la vida.

Orgulloso de aquel purísimo afecto, admirando la rectitud de aquel pensamiento, en el cual yo ejercia tan completa influencia, quise perfeccionarle mas aun, y que en aquel tierno pecho que sabia sentir el bien, no se albergase una sombra de mal.

Para ello debia borrar todo resentimiento de la mente de Angelina, y hacer que no comprendiese el corazón de Valeria, donde se encerraban quizá tantos sentimientos culpables y peligrosos para ella.

Me esforcé, pues, en disculpar á su hermana, y en hacerla aparecer agradable á sus ojos. La ponderé su bondad, su talento y su hermosura, con todos los vivos colores que me sugirió mi buen deseo.

No sé decirte el efecto que mis palabras produjeron en Angelina, por que me escuchó callada y pensativa.

Solo pude notar que alzó una vez sus azules ojos, y los fijó con insistencia en un espejo que

había frente á ella y que reflejaba su imagen.

Después, una lágrima empañó el cristal de su pupila, pero ella la contuvo de tal modo que no llegó á rodar por su megilla.

—Vamos, pues, dijo, vamos á ver á mi hermana.

Y se levantó para disponerse á seguirme.

La nodriza arregló sus cabellos y quiso componer su traje. Angelina le dirigió una sonrisa llena de gratitud, y se prestó gustosa á cuanto Susana quiso hacer.

—Ven tu conmigo,—la dijo muy bajo—no sé por que me inspira miedo mi hermana.

Cruzamos el jardín y subimos en breve al tocador de Valeria.

Esta nos estaba esperando y se levantó al vernos llegar.

La niña hizo un movimiento involuntario como para huir al verla acercarse, pero yo que tenía asida su mano, la detuve, y la empujé suavemente hácia Valeria, que llegó hasta ella, y dirigiéndola la palabra, posó sus labios en la frente blanca y cándida de Angelina.

Esta pareció tranquilizarse ante aquella caricia, que pagó á su vez mas animada.

—Con que estás ya buena, hija mia, dijo la jóven con una dulzura tan estremada, que me dejó mucha duda acerca de su sinceridad.

—Sí,—respondió Angelina, dominada por aquella aparente ternura y fascinada por la mirada de su hermana,—dicen que he estado enferma, pero ahora me siento bien: apenas recuerdo el mal pasado, y si lo hago es solo para bendecir á Dios que me permite andar, moverse y pensar, y sobre todo por que ya no soy un ser inútil que causo pena á los que me aman.

—Tu!—dijo Valeria escuchando con asombro á la niña.

—Sí; me ha dicho mi amigo Fabian, que si tu no estabas á mi lado, era porque te afligia el verme.

—¿Fabian te á dicho eso?—preguntó la jóven.

—Oh! sí; y tambien que debo amarte mucho y procurar que tu me ames.

—Gracias,—dijo Valeria dirigiéndose á mí—gracias; y después preguntó á su hermana.

—Y tu seguirás sus consejos, ¿es cierto?

—Con toda mi alma: mi corazón se inclina á donde él quiere dirigirlo, del mismo modo que un pobre girasol, se vuelve hácia donde le indican los rayos del padre del día.

—¿Tanto le amas?

—Oh! tanto que si me faltase el calor de su afecto, volvería á caer en el idiotismo ó me moriría!

—Debe V. estar muy satisfecho del cariño que

inspira á mi hermana,—dijo Valeria en cuyo acento había algo de extraño.

—Señorita,—me apresuré á responder—Angelina es demasiado niña, demasiado inocente para comprender el valor de sus palabras, y para definir sus sentimientos: la costumbre de verme, de oirme todos los días, es á lo que sin duda llama cariño en su infantil ignorancia: pero el afecto de un niño se adquiere tan fácilmente, como fácilmente se pierde.

Angelina me miró asombrada. Sin duda la idea de que podía variar con respecto á mí, no cabía en su mente.

Valeria pareció satisfecha con mi respuesta y con el poco valor que yo daba á mi amistad con su hermana y preguntó á esta:

—¿Deseas ver á nuestro padre, niña?

—Iré donde me manden.—Contestó con indiferencia.

—Sí, ven, iremos á su despacho, y ya que estoy cierta del estado de tu salud, yo misma le anunciaré este cambio que debe llenarle de alegría. Venga V. tambien Fabian, ya que V. á contribuido á este feliz suceso.

Al salir del cuarto de Valeria, Angelina fué á colocarse á mi lado, pero por un deber de cortesía, tuve que ofrecer el brazo á su hermana, que se apoyó en él con rapidez.

Un subido color tiñó las megillas de Angelina, que sin pronunciar una palabra nos siguió lentamente.

El asombro del señor de Aguilar fué grande, cuando vió á su hija, y parecía que no podía creer lo que sus ojos estaban viendo.

Sin embargo, en aquel asombro no ví una sola muestra de alegría; antes bien, parecía que una repulsion interior le separaba de aquella niña.

Cuando preguntó de que modo se había efectuado aquel milagro, Valeria se asoció á mí, como si entre ambos le hubiésemos llevado á cabo, concluyendo por decir:

—No he querido hablarte antes de esto, padre mio, por no hacerte concebir esperanzas que no estuviera cierta de realizar: hoy es diferente, y vengo á presentarte nuestra obra, y á anunciarte que desde hoy mi hermana vivirá á mi lado y se presentará en todas partes conmigo.

—Sí, sí; dijo el señor del Aguilar, haz lo que quieras, ya sabes hija mia que tu eres quien manda aquí.

Y después de estampar un helado beso sobre las megillas de Angelina, nos despidió pretestando que sus negocios le robaban el tiempo.

Aquella acogida fría y extraña, me dejó atónito.

¡Pobre Angelina! y yo que esperaba ver á su padre loco de júbilo al encontrarla buena, bella, inteligente...

Oh! aquel hombre no amaba á su hija; no me quedó duda ninguna!

Cuando regresamos al tocador de Valeria, ésta dió algunas órdenes para que la niña se trasladase á una habitacion contigua á la suya.

—¿Y Susana?—preguntó ella entonces con alguna inquietud.

—Susana se quedará en el pabellon del jardin. —Respondió Valeria.

—Y yo estaré sola!

—Sola, nó, tendrás una doncella para tí, y yo tambien estaré siempre á tu lado.

La niña inclinó la frente poco satisfecha de aquel arreglo.

Yo, disgustado tambien, pedí permiso para retirarme.

Susana se bajó á su cuarto triste y preocupada, y la seguí maquinalmente.

Cuando los dos estuvimos solos,

—Ah!—dijo la buena mujer—lo que yo temia! la separan de mi lado! ya lo vé V!

—No,—dije—eso es imposible, ya buscaré el medio de impedirlo.

—Oh! la señorita Valeria no la ama á pesar de su fingida dulzura, y su padre, ya lo ha visto V. ni aun se toma el trabajo de fingir.

Poco despues nos separamos, y yo me preguntaba á mi mismo si habia hecho un bien ó un mal á Angelina, en devolverla al mundo y á su familia.

Es tarde, y no puedo continuar, pero mañana quizá vuelva á escribirte, entre tanto hazlo tu y sepa los sucesos que te rodean, tu amante hermano,

Fabian.

Tenemos el gusto de publicar en nuestra revista la siguiente bellisima poesia de la señora doña J. R. de N., escritora tan modesta como inspirada, y á la cual rogamos siga honrando con sus producciones las columnas de «La madre de familia.»

Á MI AMADA HERMANA.

Castora, perla escondida,
Pura y celestial criatura;
Si huye de tí la ventura
La fe en tu pecho se anida.
Y si solo de la vida
En tu juvenil anhelo
Has gustado el desconsuelo,
En cambio hallaste una fuente

De virtud, y su corriente
Te va remontando al cielo.

Caridad, fuego divino,
Que, penetrando en tu alma,
Te llena de dulce calma
Suavizando tu camino.
¿Que importa que tu destino
Oscuro parezca al mundo,
Si Dios en bondad fecundo,
En tí derramó á raudales
Los consuelos celestiales
De un amor santo y profundo....?

Si la dicha de la tierra
Es tan mísera y fugaz,
Que en vez de darnos la paz
Del corazon la destierra,
Y luchando en dura guerra,
Entre el placer y el dolor,
Vemos marchita la flor
De nuestra pobre esperanza,
¿Porque nuestra alma no avanza
Hacia otra dicha mejor....?

Dicha que el hombre ignorante
Desconoce en su demencia;
Luz divina, cuya esencia
Ilumina al caminante;
Consuelo del navegante
En este mar borrascoso.....
¿Porque el hombre está afanoso
En un constante desvelo,
Si tiene un Dios, tiene un cielo
Donde hallar paz y reposo....?

Castora, tu del destino
Sabes calmar los rigores:
Tu has salpicado de flores
La aspereza del camino;
Tú elevaste al Ser Divino
En tus horas de amargura
Súplica ferviente y pura,
Que llegó á su trono Santo;
Y Dios, enjugó tu llanto
Llenándote de dulzura.

Y henchido en santa alegría
Tu sencillo corazon,
Elevas pura oracion
Hasta el Trono de María,
¡¡Cuánto gozo... hermana mia,
Al ver tu dulce mirada
Al firmamento elevada.....
Divisando en los espacios
Aquellos santos palacios
De la mansion deseada...!!!

Siga el mundo su carrera
Oscura y descarriada;

Yo contigo retirada
Miraré á la azul esfera,
Y con fé pura y sincera
En alas de santo celo
Seguiré con dulce anhelo
Tu vida pura y sencilla,
Que quien como tú se humilla;
Mas alto remonta el vuelo.

El hombre sin su Criador,
Es cual pájaro sin nido,
Que fatigado, perdido,
No encuentra abrigo y calor.
¡¡Cuánto es mi acerbo dolor
Al mirar la ceguedad
De la triste humanidad
Que á su destruccion camina,
Siguiendo falsa doctrina
Y dejando la verdad!!!

Si escarneceis la virtud
Y culto rendís al vicio.....
¿No mirais el precipicio
Mas allá del ataúd?
Vén ¡Oh Dios de mi salud!
A iluminar mi razon;
Alimenta mi corazon
Para que ensalce tu nombre,
Y ten compasion del hombre
Que ultraja tu Religion.

Y tu, Castora querida,
Que sin mezquinos temores
Sigues la senda de flores,
Que te conduce á la vida,
Mira á tu hermana afligida,
Que te adora con ternura;
Y elevando tu alma pura
A las Regiones del Cielo,
Pide á Dios, paz y consuelo
Que mitigue mi amargura.

J. R. de N.

VARIETADES.

MISIONES DE CHINA.

(Conclusion.)

Extracto de una carta del Rdo. P. Fr. Paulino Bassó, de la Orden de Predicadores, al reverendo Padre Provincial.

Esta falta de agua fué ocasion de que los gentiles nos diesen algunos malos ratos. Determinaron hacer tambien sus supersticiones para alcanzar de sus ídolos una lluvia pronta y abundante, y acudieron á los cristianos

para que contribuyesen con sus chapecas, pues se habia agotado la colecta hecha entre los gentiles sin que viniese la lluvia, y no convenia cesar en las prácticas supersticiosas. Negáronse los cristianos á pagar tan ilícita contribucion, cuya negativa irritó de tal manera á los gentiles que determinaron vengarse destruyendo las sementeras de los cristianos, y prohibiendo además que bajase agua para el pueblo. Mucho temí tuviese esto malos resultados, pues los chinos antes de dar parte, prefieren tomarse la venganza por sus propias manos, resultando riñas de graves consecuencias; pero, gracias á Dios, todo terminó en paz, procurando exhortar á los cristianos á la paciencia, y logrando además, que un gentil hiciese desistir á sus compañeros de sus injustas vejaciones y dejasen en paz á los cristianos.

Mas si se pudo calmar la furia de los gentiles, no sucedió lo mismo con respecto al «Búng-sái», que así llaman al ministro de tales ceremonias, pues determinó vengarse de los cristianos, y así lo hizo pocos dias despues en la persona del Padre Domingo Tu.

Volvia este Padre de administrar su distrito, cuando se encontró en el camino con una inmensa multitud de gentiles que asistian á una funcion supersticiosa. Luego que llegó allí el Padre, le prohibieron pasar adelante, á lo que no puso resistencia alguna, suplicándoles tan solo le dejasen pasar la noche en aquel lugar. Estaban deliberando qué resolucion habian de tomar, cuando levantó el «Búng-sái» su voz diciendo que obligasen al Padre á retroceder, puesto que luego que le vió el espíritu protector de la lluvia, se escapó espantado por la presencia del Padre, y así no se podia esperar buen éxito en sus sacrificios. Apenas habia acabado de pronunciar el «Búng-sái» estas palabras, cuando un soldado audaz y atrevido cogió un palo, y hubiera descargado fuertes golpes sobre el pobre Padre, á no impedirlo un cristiano que se puso en medio recibiendo en sus espaldas.

Las ceremonias que hacen los gentiles para alcanzar la lluvia, son tan ridículas como todas las supersticiones del paganismo. Lo primero que hace el «Búng-sái» es ordenar que todo el pueblo se abstenga de comer carne, principalmente de buey, manteniéndose de solas berzas mientras dura la ceremonia supersticiosa: al efecto prepara trece mesas y las coloca una encima de otra formando una especie de catafalco, y deja colgado de la mesa última un cordel que llega hasta el suelo. Acto continuo se viste con un traje encarnado ciñéndose la cabeza con una faja del mismo color; y despues de invocar la proteccion del diablo; sube encima de tan gran catafalco sin otro apoyo que el cordel que habia dejado colgado. Si este se rompe le despide al momento diciendo que el espíritu no está con él; mas si logra plantarse encima, principia á tocar una corneta y hacer mil ridículos movimientos, arrodillándose y levantándose, dando fuertes alaridos para atemorizar y execrar al diablo, que anda por la region de los aires, impidiendo el ordinario movimiento de las nubes, para que no den lluvia en sus tiempos oportunos.

Esta funcion suele durar cerca de medio dia. Si por casualidad al terminar llueve, son capaces de darle al «Búng-sái» todo cuanto pidiera, llamándole á boca llena «pin-són», que quiere decir hombre diestro en el oficio; mas si no viene la lluvia le llaman embaucador y embustero y llegan á veces á echarle del pueblo á garrotazos.

Granada: Imp. de la Fé, Mendez Nuñez 26.